

1. Los Milagros de Jesús

En el tiempo de Jesús, la mayoría de los fariseos eran gente profundamente religiosa que querían estar a bien con Dios. La vida del pueblo fariseo se organizaba en función de lo que establecían las normas religiosas, tanto en lo personal, como en la manera de relacionarse socialmente. Y los fariseos habían hecho un pacto con Dios, que consistía básicamente en aceptar como regla de vida las normas que Dios ha inspirado.

En esas normas se establecía lo que se tenía que hacer. Así, el que daba cumplimiento a esas normas estaba salvado...

Esa forma de vivir permite saber a qué atenerse, pero ciertamente es muy peligrosa.

El hombre fariseo, que no es un hipócrita, cree en conciencia que, si da cumplimiento a las normas es mejor que los demás. Por eso, el fariseo del relato empieza a orar diciendo: "... yo no soy como los demás...".

Y nos cuenta el relato, que estando Jesús en casa de Simón el fariseo, entró la pecadora de la ciudad, una mujer rota en su dignidad de mujer. Como si fuera un adivino o, un profeta, Simón da por supuesta la clase de mujer que es la recién llegada y, la desprecia porque es una pecadora...

Pero Jesús, en el Evangelio, nos anuncia la Buena Noticia de Dios.

Es necesario reflexionar en lo que supone el coraje de Jesús, para hacer de Dios una buena noticia.

No puede ignorarse, que, para mucha gente de entonces, y de ahora, lo de Dios no es una buena noticia. A lo largo de la historia, -hoy en día también- la idea de Dios se ha asociado a muchos terrores ancestrales, a chantajes emocionales y afectivos, a coacciones, a dependencias, a amenazas de condenación eterna.

En una época no muy lejana, es cierto que muchos sacerdotes formadores, hicieron terrorismo espiritual con la gente. "Nunca hagas terrorismo espiritual" me dijo mi padre cuando le comuniqué que quería ser jesuita. Y en verdad, lo de Dios se ha asociado a cosas muy raras....

La Buena Noticia de Dios y la práctica compasiva, en Jesús van siempre unidas.

Jesús nos da a conocer al Dios de la ternura, de la compasión, al Dios fuente de vida. Es ese Jesús que, invadido por la alegría del espíritu,

dice: ¡Padre Señor de cielo y tierra! -o lo que es lo mismo: ¡Padre yo te bendigo, yo te alabo, yo te doy gracias! -.

Porque Jesús percibe a Dios desde la dimensión de hijo, de filiación y de ternura.

Jesús percibe a Dios como padre, madre, papá...

De hecho, en un primer estrato de la Tradición que se recoge en los escritos anteriores a los Evangelios y en el Evangelio de Marcos - que es el primer Evangelio que se escribe-, cuando Jesús invoca en arameo a su padre, a Dios, le llama "aba" y, a su madre le llama "ima". Pero lo de menos es la palabra, lo importante es lo que hay ahí de cordialidad, de filiación de apego y arraigo amoroso...

Jesús, con Dios, respira.

En la liturgia de la Iglesia, se recoge una preciosa invocación a Dios como fuente de la vida.

¿Cómo va a vivir Jesús, desde un Dios que es fuente de vida, para destrozar vidas? ¿Cómo va a vivir Jesús desde un Dios que es Padre y Creador, para humillar y machacar a sus criaturas?

Jesús anunciaba la buena noticia de Dios y curaba todo achaque y enfermedad de las gentes. Es importante y fundamental esa "y", conjunción copulativa que durante mucho tiempo no se ha tenido en cuenta. Porque ciertamente muchas veces hemos pasado muy superficialmente por este detalle importante.

-Jesús dice a Dios y vive a Dios.

-Jesús dice que Dios es fuente de vida y Jesús genera vida.

-Jesús nos dice que Dios es un ámbito de perdón y reconciliación y Jesús genera espacios de reconciliación y de perdón.

-Jesús dice que Dios es fuente de salud, Jesús genera dinámicas de salud de sanación.

Santo Tomas que es el teólogo más potente que ha tenido la Iglesia, nunca se olvidó de que Jesús dice y hace y, hace y dice.

Pasaron los siglos y la Teología sólo tuvo en cuenta a "un Jesús que dice".

Pero, si Jesús sólo es doctrina....., ¡Pues muy bien...!

Porque la imagen de Jesús maestro de verdades, maestro de doctrina es un invento nuestro.

Jesús nos habla del Reino de Dios y practica el Reino de Dios.

Y tened presente cuando decimos que Jesús dice y hace, que nos estamos comprometiendo a hacer. Ya nos implica como cristianos porque, como sabéis, el seguimiento del Señor es un modo de estar en la vida.

El seguimiento de Jesús, lo hagamos mejor o peor, con todas las limitaciones -y las mochilas- personales, es un modo de estar en la vida.

El Evangelio es un modo de estar, es un modo de sentir, es un modo de valorar, es un modo de percibir, es un modo de besar, es un modo de abrazar,

El Evangelio es donde se narran las prácticas compasivas de Jesús. Ese Jesús que dice a Dios y vive a Dios.

Y si no tenemos en cuenta "el hacer de Jesús", sin querer mutilamos el Evangelio. Nos quedamos sólo en los conceptos, en la abstracción. Se nos llena la boca hablando del "bien", sin tener en cuenta que vivir en, para y desde la bondad es lo que nos implica compasivamente con el otro, y, es la manifestación de nuestro modo de estar en la vida.

Sabéis que en nombre del bien se puede machacar a una persona. Pero alguien que hace el bien, que es bondadosa, nunca podría hacer daño al prójimo.

Porque no es lo mismo teorizar que llevar a la práctica. Ciertamente, no es lo mismo...

Dicho esto, no perdamos la espontaneidad del lenguaje, porque si no también nos envaramos y nos sofisticamos.

En el Evangelio, donde se narra la implicación compasiva de Jesús con la gente, es en los relatos de Milagro. Cuando digo la palabra "milagro" no sé qué os sugiere.

Milagro es una palabra que los cristianos tenemos muy contaminada, porque venimos de muy atrás para lo bueno y para lo malo.

Tenemos un lastre cultural desde la Alta Edad Media, en la cual la Escolástica marcó el significado de esa palabra que, aún hoy, pervive en el imaginario popular y también en el nuestro. Y es indiferente que se sea creyente o no.

Se entiende que un milagro es una intervención extraordinaria de Dios, por la que se suspenden las leyes de la naturaleza y acontece algo extraordinario, según la concepción tomista que dominaba en la época.

Aunque es muy anterior, en esto San Agustín (s. IV) era más moderno que Santo Tomás (s. XIII). San Agustín decía que milagro "es lo que la ciencia no le puede explicar".

Lo que llamamos "milagro" es una traducción de San Jerónimo del latín: "mirari" que es maravillarse... es decir, un portento. Milagro es un suceso portentoso, es una maravilla.

Los Evangelios se escriben en griego. Lo que llamamos Milagros en los Evangelios son signos del reino. Son actuaciones de Jesús sobre la realidad de la vida, que remiten al Padre, al Dios de la vida. Porque Jesús no separa - terrenal, diferente a espiritual. - cómo hacemos nosotros.

Y porque Jesús vive a Dios como fuente de vida y de compasión, Jesús se implica compasivamente con la gente.

En el Evangelio, los milagros son actos, prácticos, actos de poder.

Ver esto del "poder" en relación con Jesús, para muchos cristianos supone una gran dificultad. Será por aquello de que el poder corrompe....

A veces, los cristianos cuando nos encontramos con una realidad que es compleja y pringosa, como es la realidad en la vida, la tachamos, la negamos o la ignoramos sin más, para quedarnos tranquilos....

La vida te hace comprender que el poder es una realidad. De esa realidad, todos de una u otra manera, en algún momento participamos: echando mano de ella, o viéndonos involucrados en situaciones en las que, "tener poder" o no tenerlo, determina la posición en ellas.

Cuando explico Cristología siempre digo: quién me diga que Jesús no tiene poder, agota las convocatorias...¡Vamos, que está suspendido! Porque Jesús tiene el poder del alivio, tiene el poder de la confrontación, tiene el poder de levantar, tiene el poder de sanar...

Aunque nunca veréis en los Evangelios, que Jesús haga del milagro un acto de poder, para que la gente crea en él. ¡Nunca! Jesús no trafica con el dolor de la gente. Siempre que Jesús hace un acto de poder, ¡siempre es en favor de otros! Nunca para acreditarse Él. Es más, cuando le dicen que si hace una señal del cielo creerán en él, Jesús les dice que son gente mala, y que no les va a dar, en aquel momento, ninguna señal. Que la única señal que se les dará es, que El estará tres días bajo tierra, de la misma manera que Jonás estuvo en el vientre de la ballena.

Con estas claves, os propongo un tiempo de reflexión, de oración personal. Os lo propongo con una pequeña reflexión previa sobre la oración:

Siempre he dicho que la oración no existe, que lo que existen son hombres y mujeres que intentamos orar y os digo que es la sencillez de corazón lo que precisamos para orar.